

venes tiernos, inexpertos, que prefieren gobernar un país a tener que gobernarse a sí mismos; niños ridículos...») ignoran que la democracia no es anterior a la civilización y que no siendo nuestros pueblos civilizados mal podrán ejercer la democracia; y por supuesto, si ejercieran los «funestos» principios socialistas «causarían la muerte de todo el país». Frías descarga su artillería pesada contra el osado general neogranadino a quien recomienda retornar a la escuela primaria para aprender lo peligroso que es pedir «el predominio de las masas», de esas multitudes ignorantes e incivilizadas «... que no han educado su corazón ni instruido su inteligencia...»⁶ Y retoma la idea que ya hemos conocido: «El predominio de esas masas no será otra cosa que su tiranía...», como ocurre según él en la Argentina de Rosas, donde confiscan y degüellan, violan la vida, ultrajan la religión, vulneran la propiedad.⁷ Y si repudia a don Juan Manuel como tirano, no desespera que el «pueblo esclavo» se levante y recobre su dignidad perdida. Lo que no ocurriría si el de Buenos Aires fuera «un despotismo rojo y socialista»: entonces sí, las esperanzas quedarían desvanecidas.⁸

En Frías reaparecen temas que ya hemos visto: el temor casi pavoroso a la «soberanía del número», la identificación de lo indio con la barbarie suprema, la depravación de las multitudes y su encarnación en la figura que las sintetiza: el tirano. Pero ahora todo eso potenciado a un nivel inédito de alarma: ¡el socialismo!

Consecuencia normal será el descreer de la democracia —y Frías descreer de ella—, de la que él llama libertad «ilimitada» en la América del Sur. En otro trabajo suyo escrito en mayo de 1852 y publicado algo después, pide no comprometer las libertades esenciales ya logradas por el otorgamiento de las libertades «accesorias»; «... y llamo tales entre nosotros a las libertades políticas. Una libertad política es una libertad por la cual el ciudadano se considera autorizado a influir en los negocios públicos de su país, a tomar parte en el gobierno de la sociedad». Para él es evidente que en la Argentina, «... es muy reducida la porción de los hombres capaces de ejercer esas libertades en el interés del mayor número...»⁹

Europa está amenazada —anota— y América puede contribuir a salvarla, salvándose al mismo tiempo. ¿De qué manera? Abriendo las puertas «al pauperismo europeo»; amparando a los desamparados del Viejo Mundo que corren el riesgo de caer seducidos por los cantos de sirena del socialismo. Ambos «mundos» son solidarios: deben serlo. Y para que el «mundo viejo» artostte airosamente el huracán y la furia, el «mundo nuevo» vendrá en su auxilio. América será civilizada si Europa salva su civilización de la barbarie moderna. Pero América cumplirá su magno papel si organiza poderes políticos en aptitud de refrenar, de eliminar las tendencias disolventes que reptan por todo el continente hispano-luso-indio. El hacerlo con urgencia es un imperativo que reclama Europa y que reclama América. La persistencia del caos en el continente ex colonial sólo contribuirá a que el caos se apodere del viejo cuerpo europeo, al parecer, según Frías, sin an-

⁶ Félix Frías, obra citada, p. 125.

⁷ Félix Frías, obra citada, p. 125.

⁸ Félix Frías, obra citada, p. 126.

⁹ Félix Frías, Carta sobre la situación actual de la República Argentina, *Imprenta del Estado*, Buenos Aires, 1852, pp. 10 y 11.

ticuerpos para defenderse de la dolencia fatídica. Por eso el grito que propone es el de orden: orden desde Panamá hasta el Plata. Sin orden no hay sino engaño, «... mentira, pérfidos homenajes de la demagogía en favor del pueblo que sacrifica...»;¹⁰ y orden quiere significar —precisa— menos fanatismo liberal que el de los revolucionarios del año 10.¹¹ Y para instaurar el orden no solamente es preciso «... inclinarse delante de la autoridad, que es el piloto que nos señala los escollos en que el orden puede perderse...»;¹² también se deberá saber «... que son bien pocos los que saben escribir cosas dignas de ser leídas y no muy considerable el número de los que saben leer».¹³

Casi contemporáneamente a estos dichos, Alberdi, en su domicilio chileno, se afana por limpiar el nombre de Echeverría de cualquier tacha posible. Ha muerto don Esteban en el Uruguay y Juan Bautista escribe (Valparaíso, mayo de 1851) una nota en que desvincula al autor del *Dogma* de «ese loco sistema», el socialismo, porque el maestro de la generación del 37 «... jamás ambicionó a mudar desde la base la sociedad existente. Su sociedad es la misma que hoy conocemos, despojada de los abusos y defectos que ningún hombre de bien autoriza».¹⁴

El 48 fue un estampido alarmante. Las masas tenidas como cuerpo no político, como sujeto informe y despojado de toda eticidad pero que aquí hacían política bajo el mando de los caudillos, habían aparecido en Europa enarbolando la bandera roja del socialismo, lo que era vivido por no pocos como algo infinitamente peor que la peor montonera y no podía no influir sobre una escritura de la historia que debía enfatizar el orden y encarnarlo. Belgrano y San Martín habían tenido algo de común, dejó escrito Bartolomé Mitre: el haber sido «... hombres de orden ajenos a los partidos secundarios de la revolución...»¹⁵

¿Pudo haberse librado Mitre —quien acabó por ser el más importante constructor de modelos y paradigmas— de un clima intelectual y político en que el 48 debía ser una o muchas gotas de acíbar? ¿Y acaso de otros 48 irrelevantes para nosotros (y el del «tirano» granadino puede ser un ejemplo) pero no para él y los hombres de su círculo? Difícil concebir que su escritura de la historia pudiera sustraerse a la necesidad de mitologizar enfáticamente la «civilización» y el «orden» y sus perversos opuestos. Pero de lo que no se sustrajo es de diseñar una visión de la sociedad, de las conductas de los grupos y clases, del papel del poder y sus destinatarios idóneos. Y para ello no precisó

¹⁰ Félix Frías, «Los rojos...», edición citada, p. 130.

¹¹ Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 7.

¹² Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 14.

¹³ Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 11. Aludiendo Cerroni a la polémica europea sobre la crisis del Estado, y aceptando la existencia de un desequilibrio entre las estructuras estatales y la sociedad de masas, anota que esas estructuras, en casi todos los Estados de Europa occidental, se remontan al período 1848-1880. Cerroni dice: «... y muestran claramente el haber sido el fruto de un compromiso teórico entre el absolutismo del ancien régime y la liberaldemocracia». Agrega: «Puede afirmarse que el Estado representativo constitucional que Europa ha construido se había cortado a la medida de una Europa destinada a permanecer encerrada y recogida bajo la guía de una reducida elite ilustrada». Umberto Cerroni, *La libertad de los modernos*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1972, pp. 205 y 206.

¹⁴ Juan Bautista Alberdi, «Don Esteban Echeverría», en *Obras escogidas*, tomo VII, Editorial Luz del día, Buenos Aires, 1954, p. 391.

¹⁵ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución argentina*, Imprenta del Comercio del Plata, Buenos Aires, 1864, p. 57.

escribir tratados de política sino dejarlo poderosamente indicado en los modelos del bien y del mal. Para Mitre, para López, para otros, discrepancias aparte, los objetos de la historia sólo podrían ser elegidos a partir de un horizonte mental; la historia no sería el simple relato de acontecimientos, que por lo demás suele no serlo nunca. En la materia histórica se buscarían las significaciones que permitieran presentarla con arreglo a una visión del mundo, a un orden de éste. La historia que se escribe tiene demasiado de construcción arbitraria en el sentido recto de esta palabra: arbitrio —declara el diccionario— es la facultad que tenemos de adoptar una resolución con preferencia a otra; en un sentido lato, la adopción, la selección y el ordenamiento de acontecimientos en secuencias dotadas de una lógica subjetiva producida en el seno de una cultura.

Pero Mitre (la relevancia de su figura nos obliga a insistir en él) no sólo se interpreta a sí mismo: estará interpretando a un grupo social e intelectual en que los fundamentos del pensar son semejantes, en que lo es el interés material, las proyecciones ideales, la ambición de ser poder. Habrá de interpretarlo pero seguramente bastante más que eso, ya que deberá proponerle una interpretación global de sí mismo como grupo social en una sociedad concreta. En toda obra que se precie —anota Goldmann— hay una realidad que no es puramente individual, aun cuando se exprese en obras particulares. Esa realidad es la «visión del mundo».¹⁶

El pensamiento de Mitre, pero no menos el de Alberdi y Sarmiento, sistematiza, ordena, enriquece y desarrolla el pensamiento y las líneas de acción del grupo o grupos que inician el Estado y planean la nación. Entre el grupo y los pensadores (que son simultáneamente hacedores) se establece un sistema de vasos comunicantes: los influjos y los humores marchan en ambas direcciones y en ese camino de ida y vuelta se entrecocan las propuestas, los planes, a veces las ilusiones, con los hechos de la vida que se empeñan en ser desagradables, que con frecuencia contrarían los mensajes que vienen de la dirección opuesta.

Entre tanto los Mitre, Sarmiento y Alberdi, vástagos de un pensamiento occidental, sumergidos en coyunturas más o menos críticas, pueden ser criticados y reprochados. Pero esa tarea se transforma en un ejercicio vano si los sustraemos de su realidad material e intelectual; una realidad en que Guizot escribe (en su *Essai sur l'histoire et sur l'état actuel de l'instruction publique en France*) que «... la ignorancia transforma al pueblo en turbulento y feroz...»;¹⁷ en que Hegel había pensado que la servidumbre es la cuna de la libertad, porque (y aquí coincide con Maquiavelo) «el nuevo principado», o sea el período dictatorial que caracterizaría los comienzos de todo nuevo tipo de Estado, está asociado a la esclavitud y se justifica como educación y disciplinamiento del hombre que aún no es libre.¹⁸

La escritura de la historia del Estado y la nación en gestación no podía sino inscribirse en la línea de un pensamiento liberal que ya hemos visto antes de ahora, o sea el de una burguesía que desde sus primeros vagidos no concibe otra sociedad política que

¹⁶ Lucien Goldmann, *Dialéctica e cultura*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1967, p. 17.

¹⁷ Citado por E. Ponteil, en *Les classes bourgeoises*, Editions Albin Michel, París, 1968, p. 139.

¹⁸ Cfr. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1960, p. 126, nota 28.